



Las claves: política de ajuste y generación de confianza

Rafael Arias-Salgado Montalvo, presidente de Carrefour España.

Si afrontamos con acierto la crisis, si hacemos el esfuerzo necesario, garantizaremos la consecución del propósito y corregiremos viejos y nuevos defectos estructurales.

Hoy, cualquiera que sea el sector productivo, la preocupación que absorbe nuestro tiempo y nuestro trabajo es cómo afrontar en el terreno empresarial los efectos de la crisis económica en la que está sumida la economía española. Las incógnitas del presente nos arrastran a una reflexión sobre el futuro inmediato, en perjuicio del plazo medio o largo. Si no resolvemos bien los problemas de hoy, mañana estaremos peor.

España debe seguir aspirando a permanecer entre las principales economías del mundo. No será fácil ante el desarrollo de grandes economías emergentes, pero, si afrontamos con acierto la crisis, si hacemos el esfuerzo necesario, garantizaremos la consecución del propósito y corregiremos viejos y nuevos defectos estructurales.

Frentes de actuación

Con este fin, creo que, además de ciertas decisiones obvias, como invertir en infraestructuras levantando capital privado, es imprescindible actuar en varios frentes:

- Incrementar nuestra productividad para mejorar nuestra competitividad. Para ello, los sindicatos deben aceptar una congelación salarial inicial y la vinculación de los futuros incrementos salariales al aumento de la productividad en cada empresa. Asimismo, para lograr este objetivo es perentorio, aunque tenga efecto a más largo plazo, reformar de arriba abajo el sistema educativo. El conocimiento –la transmisión del saber– debe ser su finalidad permanente e irrenunciable, y el esfuerzo individual y la autoridad del docente, los medios pedagógicos principales.
- Hacer que el Gobierno de la Nación y los de las comunidades autónomas ajusten a la baja el gasto corriente. Si el PIB decrece como va a decrecer este año y el próximo, el gasto público deberá disminuir al menos en algunos renglones y congelarse en otros socialmente más sensibles. Hay, por tanto, que volver a una ley de estabilidad presupuestaria rigurosa que con carácter coactivo impida que el gasto público crezca más que el PIB.
- Empezar una reforma fiscal que, al menos, rebaje selectivamente el Impuesto de Sociedades; disminuya las cotizaciones sociales que actúan como un auténtico impuesto «contra» el empleo, en el marco de una reforma más amplia del contrato de trabajo que lo dote de mayor flexibilidad en su nacimiento y de menor coste en su extinción; e incremente la imposición indirecta, principalmente vía IVA.
- Afrontar otras reformas estructurales dirigidas a fortalecer las libertades económicas –especialmente la libertad de establecimiento– y la unidad de mercado, hoy seriamente perjudicadas por los excesos de regulación de las comunidades autónomas, cuyo sector público empresarial debería ser en gran parte privatizado y cuya densidad administrativa debería ser aligerada.
- Por último, convertir en prioridad nacional, es decir, impulsar, más allá del mero incremento inercial o retórico de los créditos presupuestarios, la investigación y el desarrollo en sectores

En el mundo hacia el que vamos, solo una economía sana y potente garantizará la posibilidad de «contar» como país entre los que deciden y obtener ventajas legítimas.



tecnológicamente avanzados (energía nuclear, energías alternativas, TICs, investigación médica, alimentaria, agricultura intensiva...) y el impulso a la innovación, la cual también hay que llevar de alguna forma al sistema educativo y valorar como eje permanente del aparato productivo.

Cambio profundo

En lo que respecta al sector de la distribución, la incorporación de las nuevas tecnologías al proceso de producción y a toda la cadena de valor, por un lado, y la innovación como instrumento de mejora y renovación de los distintos formatos comerciales y de las redes de comercialización, por otro lado, son las líneas de actuación que, en el medio plazo, nos permitirán contribuir a la modernización de la estructura productiva del país y crear valor en beneficio de nuestros accionistas.

Creo que en propuestas de esta índole están las bases de nuestra prosperidad como nación, de nuestra inserción en el mundo más avanzado y de nuestro protagonismo en la Unión Europea y en la comunidad internacional. Sin ellas, no saldremos de la crisis o no saldremos reforzados. En el mundo hacia el que vamos, solo una economía sana y potente garantizará la posibilidad de «contar» como país entre los que deciden y obtener ventajas legítimas. En todo caso, medidas como las señaladas generarán gran confianza, al marcar un rumbo firme, requisito indispensable para la recuperación del crecimiento económico y de la creación de empleo.

Los cambios en el mundo que se vislumbra serán –son ya– muy profundos. Cambiarán las relaciones de poder, nacerán nuevos centros de gravedad del progreso económico y la crisis del paradigma Thatcher-Reagan se resolverá en nuevas formas de regulación y encauzamiento de un proceso de globalización que no tiene alternativa y que será tanto más positivo en sus efectos cuanto más se inspire en los principios básicos de la economía de libre mercado.

Los planteamientos empresariales tendrán que adaptarse –algunos ya lo están haciendo– a la nueva realidad. Por ello, cualquier rumbo acomodaticio u oportunista ante una

situación crítica que anteponga razones ideológicas o retóricas y que no afronte con visión de futuro el panorama que aparece en el horizonte arrinconará a España en una mediocridad indolente y resignada, como tantas otras veces en nuestra historia, de la que será cada vez más difícil salir.

No tiene por qué ser así. En 1977, dirigidos por buenos gobernantes con planteamientos lúcidos y ambiciosos, fuimos capaces de modificar la dirección de nuestro devenir histórico para incorporarnos al mundo libre y desarrollado. En los años ochenta, con un Gobierno decidido, entramos en el Mercado Común y superamos una profunda crisis industrial provocada en origen por el fuerte incremento de los precios del petróleo. En 1996, con un esfuerzo colosal y un Gobierno competente, cumplimos contra todo pronóstico y con las mejores notas todas las condiciones para ingresar en la Unión Monetaria en compañía de los países europeos de primera división. Hoy, por la magnitud de la crisis, volvemos a tener un reto de alcance similar. Necesitamos lo demás.